

MONSIVÁIS Y LA POESÍA

La relación de Carlos Monsiváis con la poesía está signada por un hecho fundamental: su negativa a escribir poemas. La mayoría de los escritores pueden no escribir poemas sin que esto levante la menor suspicacia o resulte en lo absoluto significativo, pero siempre hay unos pocos sobre los que se cierne, una y otra vez, la sospecha de la poesía. En estos escritores la no escritura de poemas resulta significativa. Tal es el caso de Monsiváis.

Una sospecha que es casi una exigencia. En diversas entrevistas concedidas a lo largo de su vida Monsiváis tuvo que aclarar, ante la pregunta expresa, que, fuera de algunos intentos fallidos en su adolescencia, él no escribía poemas. Más que la respuesta, lo que interesa aquí es la persistencia de la pregunta. Una sospecha que tal vez tenga su origen en la abierta veneración que Monsiváis profesó siempre por la poesía, a la que consideraba la puerta de acceso al gran idioma, aquello que le permite a un escritor adquirir un lenguaje.

Pero dado el lugar tan acotado que actualmente ocupa la poesía, no ya en la sociedad, sino en el mismo espacio literario, donde se ha reducido a un asunto de poetas para poetas, parecería incomprensible que un no poeta se interesase en ella. Como si leer poemas fuera ya la prueba irrefutable de que también se escribe versos. Hay más poetas que lectores, dicen algunos. Tal vez los mismos que aseguran que Monsiváis escribía poemas en secreto.

En el fondo poco importa que Monsiváis escribiera o no poemas en secreto. El signo es el mismo: Monsiváis no se asume poeta. Es un no poeta y lo importante aquí es la negación. Porque es ese “no” el que le permite aproximarse a la poesía como no se aproximan los poetas. Monsiváis no aborda la poesía desde la poesía (tampoco desde la academia, por supuesto) sino desde un afuera y hacia un afuera. Digamos que Monsiváis traza en torno al cada vez más estrecho círculo de la poesía un círculo más amplio: el de la cultura, entendida esta como un vínculo social.

Esto puede constatarse en algunos trabajos suyos que resultan fundamentales para entender la poesía mexicana: las antologías *Poesía mexicana del siglo XX* (1966) y *Poesía mexicana II, 1915-1979* (1979), así como las magníficas conferencias recogidas en *Las tradiciones de la imagen / Notas sobre poesía mexicana* (2001). Monsiváis es un crítico lúcido y riguroso que sabe afinar su erudición en la materia con una cualidad con la que la erudición no suele coincidir: el humor. Pero a Monsiváis no le interesa sólo la poesía por la poesía, sino también ponerla en relación con el fenómeno social. Es un interés de ida y vuelta: rastrea el lugar que ocupan los poemas en el imaginario colectivo a la vez que los incorpora en dicho imaginario a través de su propia escritura.

Esto último resulta mucho más patente en sus textos que no hablan de poesía sino de cualquier otra cosa. La poesía es una constante en la prosa de Monsiváis ya sea como epígrafe, cita, parodia, intertextualidad. Ciertamente es que su escritura es un carnaval donde conviven en una fiesta violenta diversos lenguajes: del albur a la academia. Un lector distraído pensaría que Monsiváis cita por igual un bolero que un poema. Nada más alejado de la realidad: Monsiváis nunca cita por igual sino por diferencia. Su eficacia no reside en la igualación de los niveles sino en el enfrentamiento. Monsiváis tiene muy claras las diferencias. Escribe sobre Agustín Lara: “él decidió la idea que de la poesía tiene quien jamás la ha frecuentado”. Su prosa es una imagen social donde las diferencias conviven a veces gozosamente, a veces violentamente, pero siempre en contraste.

Cuando cita o parodia algún poema, Monsiváis lo resignifica al ponerlo a operar dentro de otro discurso. Y lo hace hablar, en la Plaza Pública o en esa suerte de Zócalo que es su obra. Un pequeño ejemplo, entre cientos posibles, extraído de *Días de guardar* (1970), en el que le toca su turno a la poesía náhuatl: “En la comitiva, Fidel Velázquez. Al verlo avanzar, al contemplar su don totémico de hendir el espacio, más allá de los sombreros de carrete de origen nixoniano, más allá de los teponaxtles y las chirimías que evocan lo que nos hizo el Dador de la Vida (“Llorad amigos”) Fidel Velázquez va creciendo en mi memoria.”

Monsiváis, en su calidad de no poeta, logra vincular a la poesía con lo que no es poesía. No se trata de un asunto de difusión sino de un mecanismo de recontextualización y resignificación. La escritura de Monsiváis es una trama social, un tejido donde la poesía es uno de los hilos. Monsiváis, ese gran no poeta, hace algo que no supieron a hacer los poetas de su tiempo: supo darle un lugar a la poesía dentro de la sociedad. O al menos dentro de esa imagen de nación que construyó página a página. —

— LUIS FELIPE FABRE

ELOGIO DEL HUMOR PIADOSO

Su rostro adusto haciendo revolcar de risa a la concurrencia, su arte de la cita chocarrera para exhibir la jumentalia política, su errancia por calles, páginas periodísticas, pantallas televisivas y revistas de espectáculos practicando una singular mayéutica eran rasgos que hacían de Carlos Monsiváis un socrático posmoderno. Pero, más allá de ese carisma desparpajado que lo proyectó entre distintos públicos, Monsiváis fue un escritor y crítico de la cultura que revolucionó un par de géneros literarios y que representó un arquetipo de militancia.

Monsiváis renovó el estilo y las temáticas de la crónica y el ensayo y les imprimió innovaciones técnicas, velocidad, riqueza digresiva e ingenio. Cronista y a la vez personaje de

la ciudad que habitó, cuestionó la modernidad mexicana y sus identidades, retrató distintas épocas de oro de la cultura popular, evocó movimientos sociales, tragedias ejemplares y efervescencias contestatarias, ridiculizó costumbres políticas, acercó distintas dimensiones culturales y creó personajes y lugares entrañables. Monsiváis hizo convivir las distintas dimensiones de la cultura y empujó el mismo ahínco en, por ejemplo, traducir a Robert Lowell que en reivindicar a Agustín Lara; en hacer la biografía de Salvador Novo que la de Pedro Infante. Si bien esta exaltación de la hibridez cultural se convirtió después en una actitud maquinales, tuvo en Monsiváis a uno de sus más rigurosos pioneros. Aspirante a describir todas las metamorfosis del fenómeno cultural y las manifestaciones de la heterogeneidad social, Monsiváis escribió profusamente y mucho de su talento lo encauzó al comentario de coyuntura y al rescate de la trivía. Es natural que, ante esta hiperactividad, a veces el impacto de su prosa se dispersara, sus opiniones perdieran profundidad o sus chistes se repitieran. De ese aluvión de escritura, declaraciones banqueteras, chascarrillos y gestos que formaron el magisterio de Monsiváis habrá que rescatar sus momentos más memorables.

La influencia de Monsiváis, por supuesto, desbordó lo literario y fue un emblema crítico, asociado a la militancia de izquierda. Como crítico social, Monsiváis fue salvado por su humor: fue un compañero de ruta, cuya militancia respondía, más que a un convencimiento teórico, a un liberalismo y sentido de justicia intuitivos. Se trataba de una militancia vivaz y socarrona que no comulgaba con la solemnidad y el dogmatismo y que era capaz de solidarizarse con las causas, pero también de expresar desacuerdos y matices. De ahí que en su trayectoria destaquen, más que los entusiasmos y adhesiones pasajeras, sus defensas de la tolerancia y el respeto a las libertades individuales. Lo más importante del escritor y del crítico social, pues, no eran sus eventuales ascensos al templete, sino la índole de su humor festivo y piadoso, susceptible de generar un acto de conciencia en la sonrisa y de denunciar, entender y redimir al mismo tiempo. —

— ARMANDO GONZÁLEZ TORRES

MONSIVÁIS ES EL MENSAJE

Lo intuíamos pero sólo con su muerte lo confirmamos: Carlos Monsiváis es un bien común y deberíamos incluirlo en la canasta básica. La gente (es decir, miles de individuos que se han manifestado, y no una abstracción retórica) le ha rendido un homenaje entrañable y espontáneo, como si al perder al referente perdiera también un poco el piso y se aferrara, desorientada, al último adiós a Monsi. Y *Monsi*, ya lo sabemos, ha trascendido a Monsiváis: es un meme, parte de la genética cultural del mexicano.

Perder al mejor traductor simultáneo de la realidad mexicana nos condena, al menos mientras dure el desconcierto, a hablar en lenguas con nosotros mismos. Hay que decir que, tristemente, apenas si nos daremos cuenta. Cuando vivía no lo hacíamos, y sólo al leerlo, hablar con él o verlo en la tele descubríamos que, hasta entonces, no estábamos entendiendo nada. Bastaba escuchar un fragmento de su conversación, que era una cadena de aforismos, para, entre risas, confesarnos: *es cierto, no lo había visto así...*

Y que todos, hoy, se lo apropien, que todos saquen de la chistera su apretón de manos con Monsi es una buena señal: es de todos. Dos días después de su muerte fui a la peluquería con un libro suyo bajo el brazo. Al verlo, el peluquero exclamó, no sé si con afectación deliberada o genuina consternación: “¡Se nos fue!” Interrogado por mí, me confesó que no lo había leído, pero que le gustaba verlo en la televisión. No hace falta leerlo: Monsiváis es una presencia viva en la peluquería de mi barrio. Fue el gozne que supo vulgarizar los acontecimientos de las altas esferas (sociales y políticas) y valorar los entresijos de la calle y la carpa. La ciudad de México, que se nos va de las manos, ha perdido al cronista que la tenía en un puño.

La influencia que ejerció en las generaciones más jóvenes de escritores y editores fue directa e instantánea: las redacciones de todas las revistas, suplementos, gacetas universitarias y publicaciones contraculturales que apenas nacían recibieron durante muchas mañanas el consabido telefonazo de Monsi, con el que el lobo de mar sacaba mucha más información de la que el editor imberbe lograba sacarle a él. No es leyenda urbana que tuviera un ejército de achichincles tejiendo para él sus redes de información: éramos todos nosotros sin darnos cuenta. Sólo cabe imaginar qué hubiera hecho, de haber querido, con una BlackBerry. Facebook de carne y hueso, no es exagerado decir que gracias a él, en gran medida, la sociedad civil se reconoció a sí misma. Su aparato telefónico debería ser la joya del Museo del Estanquillo.

Creo que su devoción por la poesía, traducida en varios ensayos penetrantes, no ha sido del todo reconocida. Si no fue un lector precisamente técnico, adentrado en los mecanismos de la retórica, sí entendió con lucidez, merced a su ojo panorámico, las causas y efectos de la poesía en su contexto histórico y social (aspecto que suelen olvidar los lectores técnicos). El Modernismo, el Estridentismo, los Contemporáneos, *sus* contemporáneos y el cosmos de la poesía popular, que no desdeñaba a José Alfredo Jiménez o a Agustín Lara, fueron leídos por Monsiváis como un derrotero, una ruta inteligible. Pero además le gustaba paladear, memorizándolos, sus poemas predilectos. No por nada una de sus aportaciones más valiosas, ese espacio semanal en que la clase política se autorretratada y suicidaba con unas comillas, se llamaba “Por mi madre, bohemios”, del popular poema descrito por Monsiváis como “la apoteosis